

El salto evolutivo

Rosa Beltrán

El desafío entre una mujer y sus terapeutas se convierte en una polémica entre Darwin y Freud en este cuento de Rosa Beltrán, pleno de sutil ironía.

La selección natural obra exclusivamente mediante la conservación y acumulación de variaciones que sean provechosas, en las condiciones orgánicas e inorgánicas a que cada ser viviente está sometido en todos los períodos de su vida. El resultado final es que todo ser tiende a perfeccionarse más y más, en relación con las condiciones. Este perfeccionamiento conduce inevitablemente al progreso gradual de la organización del mayor número de seres vivientes en todo el mundo. Pero aquí entramos en un asunto complicadísimo, pues los naturalistas no han definido, a satisfacción de todos, lo que se entiende por progreso de la organización.

Charles Darwin, "Sobre el grado a que tiende a progresar la organización".

Voy al sicoanálisis porque no encuentro solución a mis problemas. Sobre todo a uno, al que llamo Magno Problema, del que se desprenden los males restantes, como del Primer motor móvil, según Aristóteles, derivan las demás criaturas. Explico que estoy ahí porque no quiero tomar pastillas (la verdad es que ya las tomé) y que no estoy convencida de probar otros métodos (que ya intenté, sin mostrar ninguna mejoría). No sé por qué me ocurre esto tan terrible, digo, y lo que me causa más desesperación es que estoy segura de haber jugado limpio: soy buena en el buen sentido del término. Pero ¿existen las personas buenas?, pregunta el doctor Sifuentes, qué es la bondad, cómo la define. El doctor Sifuentes es un hombre ligeramente obeso, con lentes no muy grandes pero tampoco pequeños, guapo o francamente feo a causa del bigote espeso que puede ser viril aunque también bastante repulsivo dependiendo de que mire de frente o de tres cuartos. En resumen: alguien a quien defino como "casi". Aunque no he perdido la esperan-

za de que pueda ayudarme. Debe poder. Tiene la técnica. Si el hábito hace al monje, la técnica hace al sicoanalista, pienso. La del doctor Sifuentes se basa en hacer preguntas. Defina la belleza, la verdad, cómo sabe que es cierto lo que dice. Cada vez que hago una afirmación, cualquier afirmación, él brinca. ¡Compruébelo!, se exalta un día, cuando al definir a mi ex esposo le digo que se trataba de un hombre bien parecido. No tenía una fotografía a la mano, no tenía nada con qué demostrarlo salvo mi palabra. Pero en terapia las palabras valen bien poco: quieren decir otra cosa, a veces algo parecido o incluso lo opuesto. Hay ocasiones en que significan lo que dicen significar, aunque esto es difícilísimo saberlo. El doctor Sifuentes parte del principio de que un paciente nunca está diciendo lo que dice porque dentro de las palabras hay algo más. Ésta es su piedra de toque, su gran angular. De modo que desde que inicié la terapia tengo la sensación de estar mintiendo todo el tiempo. Me queda una esperanza, eso sí. Aunque dado lo volátil de los significados quién sabe si será legítima. Y ¿vale la pena tener esperanzas en estas condiciones?

¿Qué hace de Hitler un hombre malo?, el doctor me interrumpe de mis cavilaciones. ¿Cómo dice?, pregunto, sorprendida. Es otra parte de su técnica. Se llama "descolocar al paciente". El doctor Sifuentes anota todo lo que ocurre durante la sesión en una computadora portátil. Lo hace en tiempo real, de modo que la sesión se reduce a casi la mitad. Diálogo, anotación, diálogo, lectura. A veces, al doctor Sifuentes le toma un poco más de tiempo anotar porque invierte la sintaxis. Abando-

nado hogar él conyugal ha silencio el en, dice. Repítalo. Lo hace para que mi mente le dé un peso desdramatizado a las frases. Distinto. Se llama técnica ericksoniana, es un principio parecido a la hipnosis pero con diferencias sustanciales. Una de ellas es que el paciente está despierto y consciente y por tanto no hay posibilidad de engaño, me explica. Un paciente nunca hará nada que no quiera. Además de poner en práctica estas teorías, el doctor Sifuentes también me da a leer libros. *Volando solas a los treinta. Amar demasiado es una patología femenina*. Luego me hace preguntas sobre la lectura. Nunca pregunta si me gustó el libro o no. También me insta a repetir postulados. Es para cambiar su estructura mental, me explica. “El príncipe se convirtió en sapo porque *era* un sapo”. ¿Qué opina de esto?

—Es que en las mañanas no me puedo levantar —respondiendo sin poder añadir más.

Él bufa, niega con la cabeza, anota furibundamente aporreando las teclas.

Un día en que no paro de llorar, me lleva al fondo del consultorio y señala un nicho entre el escritorio y la ventana en el que hay una pintura. Es un perro enseñando los colmillos. Es mi animal chamánico, me explica. Elija el suyo. No tiene que hacerlo ahora. Tráigalo la próxima sesión. Esperemos que con eso se pueda ver el avance de lo aprendido.

Gusanos, lombrices, larvas que nunca se convierten en mariposas. Esto es lo único en lo que puedo pensar. A la semana siguiente, él me cuestiona y yo hago un gesto afirmativo. Digo estar lista. He elegido a Gregorio Samsa. ¿A quién? Me da vergüenza decir la palabra “cucaracha”. Una criatura que sólo piensa en ir al trabajo pese a su condición, le explico. Pero él niega mientras transcribe. No puede ser un personaje literario, dice, eso ni siquiera puede considerarse un animal. No sirve para nuestros fines. Recarga el brazo en el escritorio y pone la mano en la barbilla. ¿Y bien? Yo trato de defenderme. Freud dice que sólo hay una forma de salir de un pozo sin fondo, a través del trabajo. Pulsión de autoconservación, la llama. El sentido del trabajo intelectual o mecánico es aliviar la carga que el sacrificio de existir impone a los seres humanos. Pero el doctor Sifuentes no cree en el Padre del psicoanálisis. Lo llama El curandero de Viena. Se da un tiempo para anotar algo en la computadora y levanta la vista con gesto triunfal, complacido. Las técnicas freudianas están ya rebasadas, me informa. El psicoanálisis tradicional probó su fracaso al no ser capaz de resolver los conflictos. Después de tratamientos que podían prolongarse por años, los pacientes seguían con los vicios de siempre. Sólo habían aprendido a enunciarlos en una jerga distinta. Mírese usted: es el vivo ejemplo de lo que digo.

Me explica por qué, pero sus intuiciones son erróneas. No, no es por la pareja, digo. No, tampoco tiene

que ver con la familia. Simplemente sola, sola de todos. Es una soledad radical, esencial. No, no creo tener una actitud negativa. Sí tengo amigos. Más bien siento que hablo otro idioma, el idioma de los solitarios, un idioma que se conjuga en singular.

¿Alguna vez ha sido diferente?, me pregunta por fin, levantando la cabeza del teclado con bastante fastidio. Le digo que sí y él suspira.

Hago un esfuerzo por recordar cuándo fue. Le hablo de mis ocho punto cinco dioptrías. Le explico cómo antes no era capaz de distinguir a una persona a medio metro de distancia. El mundo estaba lejos. Me sometí a una operación y al principio creí que mi problema se solucionaría. Tras una noche de dolor casi insoportable retiré las conchas protectoras con que me habían cubierto los ojos y para mi asombro descubrí que los objetos estaban demasiado cerca. Me acosaban, o casi. Esto me dio alguna esperanza. Creí que me haría una con ellos. “Pertenezco”, pensé, ilusa. Pero al tercer día la magia se había roto. No dejé de ver las cosas con nitidez, recuerdo haberme quedado mucho tiempo observando con fascinación la hoja de un árbol movida por el viento. Pero los objetos no tenían que ver conmigo. Estaban apiñados, eso era todo. Simplemente era un asunto de sobrepoblación.

El doctor Sifuentes teclea y teclea tratando de conservar la velocidad de mi relato, mira la pantalla, cada vez se muestra más desesperado: Independencia es falta de pendencia; Individualidad es igual a amistad, impropia. Lloro y trato de repetir, él cambia súbitamente de frase: Compañía yo soy mejor mi; Feliz sola estoy lóbulo frontal emociones mis gobierna, pero algo se rompe y antes de ser capaz de juntar los trozos sin poder contenerme exploto: ¡Pero si lo que quiero es estar con Alguien! YO PLACER FUENTE SOY DE, levanta la voz, ¡Aunque sea mi enemigo!, grito. Él se detiene y me mira con incredulidad. Extiende el cuello como si quisiera alcanzarme y casi en un susurro dice: con todo respeto; es usted una estúpida.

Que mi ex esposo dijera lo mismo y yo viniera a referírselo al doctor Sifuentes era una cosa, pero que él me lo dijera y yo le pagara por eso era otra. Tomé mi abrigo y sin decir palabra abandoné el consultorio sintiéndome un escarabajo heroico. Alguna vez me sorprendí pensando con gusto en su expresión de azoro cuando me vio salir sin pronunciar palabra. Pero el vacío continuó. Por eso, cuando me recomendaron a la terapeuta Manzano, quise darme una segunda oportunidad.

A diferencia del doctor Sifuentes, que tenía un consultorio asfixiado en medio del cubo de un elegante edificio, la doctora Manzano atendía en su casa. No en su casa-casa sino en un saloncito que estaba al final del pasillo y daba a un minúsculo jardín. Esto me dio alguna esperanza. Falsa, como comprobé desde la primera



© Joachim Krüger

sesión, pues la doctora Manzano fumaba sin descanso y atendía a sus pacientes con las ventanas cerradas. Se paseaba de un lado a otro de la habitación, como una chimenea ambulante. Después de dar dos vueltas en silencio, por fin se sentó. Tomó el cenicero de la mesa lateral, retorció la colilla del cigarro recién fumado y encendió otro enseguida. Ahora cuéntame, dijo expe- liendo el humo con lentitud, cuál es tu problema. Su técnica era inobjetable. No enjuiciar, no hacer pregun- tas, no obligar al paciente a decir nada que él mismo no quisiera. Dejarlo representarse. Explicó: se llama psico- drama. Consiste en la libre asociación de ideas para per- mitir que de ese modo hable el inconsciente. Sólo que el paciente no está facultado para hablar de lo que quie- ra. Es la terapeuta quien asigna un rol que debe asumir el conflictuado, quien actúa como el personaje o el obje- to de su elección. Cuál es tu problema. Observé sus de- dos amarillos y las encías algo retrepadas bajo los ojos benévolos. Mi problema es que no sé por dónde em- pizar, dije. Ella sonrió. Siéntate en medio de la habitación, me animó, allá, entre los cojines, en el piso. ¿Qué soñaste anoche? Me acomodé como pude y traté de recordar. Es difícil de describir, dije. Pero ella no se inmutó: in- téntalo. Hice acopio de voluntad, tratando de no pensar en el número de caladas que daba a su cigarrillo, ni en la espiral gris que iba cubriendo el consultorio hasta tor- narse una nube densa, como aviso de una próxima tor- menta. Cerré los ojos. No sé dónde estaba yo, inicié. En el sueño. Pero había un bosque, de eso me acuerdo, y en cierto momento apareció una escalera. Los abrí. La tera-apeuta Manzano extendió el brazo y sonriendo, dijo: ade- lante. Tú eres la escalera. Al principio no entendí qué

era lo que debía hacer. Miré en todas direcciones y fijé los ojos en el jardín, como buscando consuelo. Al menos no me había dicho estúpida. No necesitaba hacerlo, en quan- to cerré los ojos y dije: Soy una escalera, pude experi- mentarlo por mí misma. Y qué más, la voz de la tera-apeuta Manzano se oía susurrante. En ese momento me di cuenta de que me había equivocado y que era dema- siado tarde para huir. Ella repitió: soy una escalera... Sus palabras llegaban por oleadas, insinuantes como las vo- lutas de humo de su cigarrillo. Soy una escalera... repe- tí como una autómatas; la miré invadida de una sensa- ción entre aterradorizante y embarazosa. ¿Cómo te sientes?, me animó. Siendo una escalera, digo. Cómo estás. Di: soy una escalera y estoy... La imité: soy una escalera y estoy... ¡¡Sola!! dije con indignación, ¡estoy sola y no sé qué ha- go aquí porque no hay un sitio a dónde subir o del cual bajar!, miré en todas direcciones, ¡no hay un edificio, ni una casa, nada, sólo yo que soy una escalera en este bos- que oscuro donde no se puede ni respirar! Qué más. Las volutas de humo de la terapeuta Manzano se habían hecho tan espesas que costaba trabajo terminar las fra- ses sin toser. ¿Qué más?, la miré rencorosa. Que todos pasan encima de mí, me pisan con sus pies lodosos, me dejan en la más absoluta indefensión, el llanto brotó como si alguien le hubiera abierto una compuerta... ¡y por si fuera poco me asfixio!, solté por fin junto con el acceso de tos que había estado reprimiendo. Al abrir los ojos, descubrí que la doctora Manzano se mostraba a sus anchas, como si hubiera cumplido su misión. La semana siguiente acudí a una segunda cita y tras la pre- gunta de la terapeuta Manzano le dije que no había so- ñado nada, pensando que así me libraría de caer en la

trampa anterior. ¿Segura que no soñaste nada? Nada, dije. Pero ella señaló su montón de cojines y dijo con una sonrisa aún más amplia: Adelante, eres la nada.

Por qué abandonó esa segunda experiencia, me preguntó el doctor Pi cuando le hice el relato de mis anteriores tratamientos. Porque era una ofensa. Una ofensa por qué. Lo miré pensando en que lo mío no tenía remedio y seguir por estos caminos era inútil. Porque matar de asfixia a un paciente sin permitirle expresarlo es, cuando menos, una ofensa. Y por qué no le dijo que dejara de fumar, preguntó el doctor Pi con naturalidad. ¿Porque estaba en su casa!, repliqué desesperada. ¿No lo entiende? El doctor Pi asintió. Ya se había hecho una idea. Después de esa sesión ya podía dar un diagnóstico. Mi problema era que sólo me había situado de un lado de la ecuación: la bondad. Yo había sido la buena, *ergo*, la víctima y a los buenos *nunca* les va bien en los cuentos. Para qué voy a negar que me identifiqué. Por fin alguien me había escuchado, por fin había Alguien ahí. Mi problema es que soy una persona buena en el buen sentido de la palabra, dije, y él respondió: Antonio Machado. Otra vez había dado en el centro de la diana. No sólo era perspicaz: el doctor Pi era un hombre culto. Lo que vino después fue sin embargo menos claro: Mala. Eso dijo el doctor Pi que debía ser. Debía

aprender lo que era la maldad y ejercerla como algo natural, aceptando que es una de las características intrínsecas de la persona. Me reí como no lo había hecho en meses, sin contar con que nunca me había reído con un terapeuta. Le estoy hablando en serio, dijo. Hay técnicas para ello. La primera es ejercitar la memoria. Cuántos actos buenos recuerda haber llevado a cabo que tuvieran resultados catastróficos. Fruncí el entrecejo; me concentré. La verdad era que podía recordar más de uno.

El amigo aquel que valiéndose de mi generosidad me robó el puesto en el trabajo. Aquel otro a quien le presenté a mi esposo y me cambió por él. Una prima hermana que nunca entendió que situarme por debajo de ella era una forma sutil de halagarla y me hizo siempre sentir un despojo. El doctor Pi asintió:

—Haz el bien y no mires a quién es un enunciado que adolece de un defecto grave —dijo—. Carece de dirección.

Recliné la espalda en el sillón y me dispuse a escucharlo.

—Si decimos que no hay mal que por bien no venga, algo que no tiene un fundamento, podríamos afirmar con la misma seguridad que no hay bien que por mal no venga. Tiendo a creer que esto último tiene una dosis de verdad mayor.

Suspiré.

La memoria de la bondad es también la memoria del espanto. Ahí tiene el descubrimiento de la energía nuclear que llevó a los desastres de Hiroshima y Nagasaki. Wernher von Braun, el célebre ingeniero que hizo el cohete que llevó al hombre a la luna, fue el mismo que hacía los misiles en los campos nazis y a quien los norteamericanos llevaron a la NASA tras la guerra. ¿Y qué opina de la bondad humana al enviar a la perra Laika y al mono Han al espacio? Si a usted el ejercicio de la bondad le ha traído tantas desgracias podría subvertir el esquema, aunque fuera sólo por cambiar. Podría intentar acercarse a otros paradigmas. Pensar, por ejemplo, que la bondad puede recibir otros nombres. Para Schopenhauer también se llama cobardía; Séneca la ve como pusilanimidad. Desde el punto de vista de la biología es una actitud de defensa de los primates menores.

La seguridad con que el doctor Pi exponía sus ideas me desarmó. Aunque había algo que me violentaba en principio, otra parte de mí quería convencerse o estaba ya convencida. Al ver el argumento puesto en blanco y negro me di cuenta de mi exageración. No había sido buena *siempre*, en todo momento y lugar, dije. Sin duda me había hecho pasar por buena en algunas ocasiones en que el impulso que guió mis actos fue esa cobardía de la que él estaba hablando. Él debería entender que lo que dijera en su consultorio llevaba la huella de haber sido dicho en mi situación actual y por tanto con el espíritu en los suelos.



© Emiliano Porzi

¿Por qué se disculpa?, preguntó el doctor Pi, indignado. Empecemos por ahí: nunca vuelva a justificarse o a justificar a otros. La bondad genera catástrofes, ¿no lo entiende? No daré más ejemplos porque cada uno lleva en su ser al buenote que le ha envilecido la existencia. Miró su reloj, sin reparar en la ansiedad que ese ademán me producía. Pero, ¿por qué debo ser mala?, insistí, aunque ya la pregunta parecía absurda. Porque el mundo es hostil. Y la muerte está siempre al acecho. Lo que debería aguzar nuestros sentidos y sin embargo es exactamente al revés. La edad nos atrofia y reblandece la sensibilidad. Por eso.

Por primera vez lo noté: el doctor Pi era un hombre interesantísimo. La seguridad con que se plantaba y la claridad de sus argumentos no me habían permitido observarlo con detenimiento. Frente prominente, nariz ancha, mandíbula que tiraba hacia adelante, ojos hundidos y nostálgicos, como el recuerdo de una especie de la que fuera el último ejemplar. Su sabiduría venía de algo más que la erudición o una labor ejercida a conciencia. Él mismo parecía tener un conocimiento adquirido por siglos.

Usted justifica su fracaso oponiéndole el nombre de bondad, dijo. Pero si al momento de relacionarse con alguien aceptara sus posibles actos nefandos se haría inmune al desencanto. Sólo los cínicos y maliciosos, por no hablar de los grandes malvados de la historia, han sobresalido en algo o bien han tenido momentos verdaderamente felices. Séneca, que era en realidad un cortesano, pudo distinguirse del resto por haber ayudado a Nerón y ahora ni quien se acuerde de eso. Maquiavelo demostró con creces el daño terrible que los gobernantes bondadosos hacen a sus pueblos.

Terminó la sesión con una frase que me impresionó más que todo. Piense en esto, me dijo: hay especies de esporas que evolucionan gradualmente de un estado concreto a otro cualitativamente distinto para sobreponerse a medios adversos. ¿Y por qué va a mostrar mayor inteligencia una espora? ¿Qué sentido tendría que una espora estuviera mejor dotada que usted?

Asentí convencida, sintiendo cómo crecía mi entusiasmo; ansiaba que la próxima sesión llegara cuanto antes. Al momento de despedirnos, le hice una petición: cómo podía empezar, con qué método.

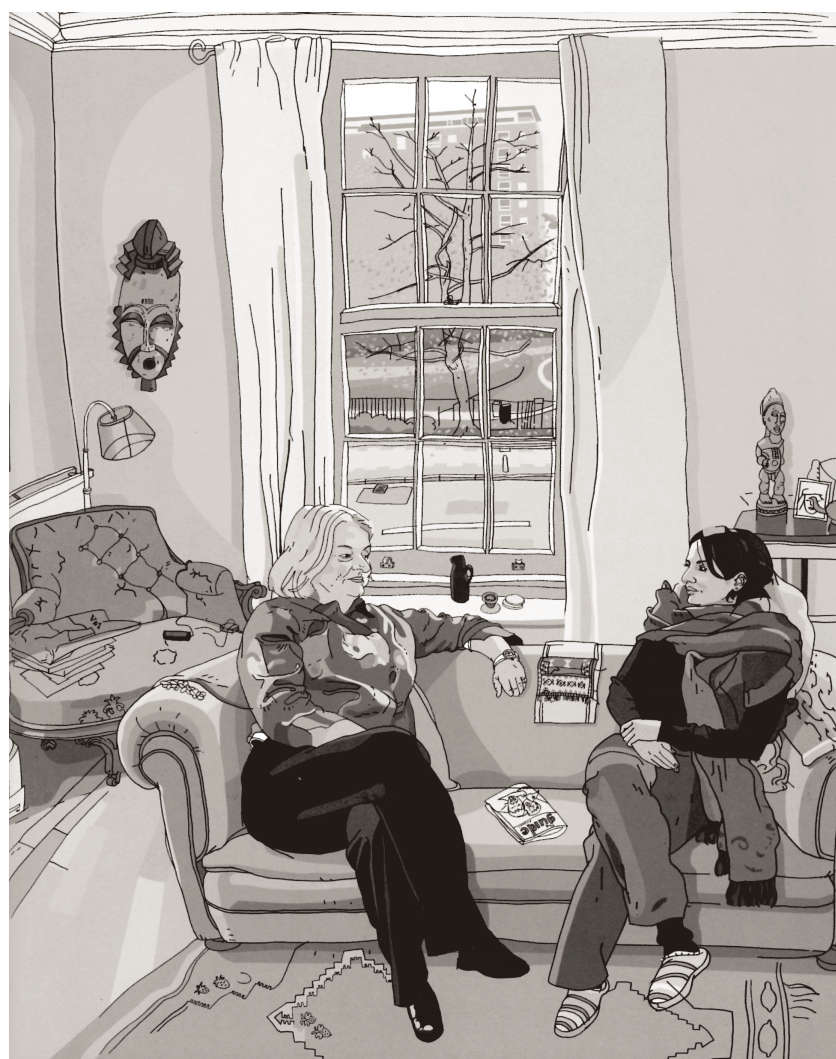
—En su situación, las películas de Bette Davis son lo más recomendable —dijo—. Dedíquese a verlas.

—Pero... ¿debo hacer algo durante la proyección o después? —pregunté. Él respondió con seguridad—: Sólo véalas.

Como ya estábamos en el marco de la puerta y, en sentido riguroso, fuera de la sesión, el doctor Pi se dio tiempo para hacer una broma: Veo en usted un gran potencial para la maldad, dijo. Salí exultante y dispuesta a cumplir con la tarea asignada al pie de la letra.

De más está decir que llegué sobrepasada a la siguiente cita. No sólo había hecho lo que me recomendó, había pensado durante la semana en la historia que le contaría. Después del saludo de rigor y la invitación a tomar asiento, percibí la intención del doctor Pi de preguntarme sobre las películas. Pero yo me adelanté con mi historia.

Me llegó el ofrecimiento de una tarjeta de crédito de un banco, dije. Un ofrecimiento que ni había pedido ni necesito. Él asintió. Sentí que me escuchaba realmente, así que proseguí. Como conozco los trucos de esos usureros multinacionales sin rostro que son los bancos, le comuniqué al empleado de la sucursal que no quería la tarjeta. Él no aceptó mi argumento y me dijo que tenía que aceptarla. ¿Ah sí? ¿Y por qué?, pregunté. Porque no era la respuesta a una solicitud de mi parte, dijo, sino un privilegio. Una suerte de compensación por mi impecable historia crediticia. ¿Y por qué cree usted que tengo esa historia, como dice usted, tan limpia?, insinué, moviendo ligeramente la cabeza. Después apoyé los brazos sobre el escritorio, acercándome a su rostro sorprendido. Porque no vivo de prestado, le dije. No acepto ni aceptaré de extraños nada que no quiera. El doctor Pi cruzó las manos sobre el pecho, en apariencia complacido. El empleado del banco tra-



© Olivier Kugler



tó de forzarme, continué, me dijo que si no aceptaba la tarjeta, cuando menos tenía que firmar el contrato de recibido. Pero ¿sabe? no tengo un pelo de tonta, me negué a poner mi firma. El empleado llamó al gerente, el gerente volvió con lo de la historia de los privilegios, yo con mi negativa a firmar ningún documento, pues sabía que los bancos cobran por manejos de cuentas que los clientes ignoran que tienen y de las que es imposible deshacerse, como le dije. En resumen: no me dejaban salir de la sucursal.

Al llegar a este punto, el doctor Pi se mostró visiblemente alterado y golpeó la mesa con rabia, como si se tratara de una ofensa que hubieran hecho a su persona.

—¡Claro! —dijo, poniéndose de pie—. ¡Todo mundo busca aprovecharse de quien se deja! No podemos descuidarnos un segundo porque el gobierno, el vecino, el hombre de la calle o el imbécil que conduce el auto delante de nosotros busca la forma de arruinarnos. ¿Sabe lo que habría hecho yo en su lugar? ¿Lo sabe? Habría roto el contrato y me lo habría tragado.

—Eso fue lo que hice —dije—. Como lo oye. Rompí en trozos el papel y los fui metiendo en mi boca. Por supuesto, después del segundo bocado me dejaron salir de la sucursal sin problema.

El doctor Pi no cabía de felicidad, aunque no hiciera gestos evidentes.

—¿Y qué ocurrió después? —dijo.

—A partir de entonces se deshacen en atenciones, me llaman “cliente première” y otras cosas por el estilo.

—¿Y?

—Y nada. La soledad no tiene que ver con la falta de disposición de los otros.

El doctor Pi asintió.

—He llegado a pensar que es un estado natural, algo irremediable —dije.

—Como haber perdido la cola...

—Exactamente. Ya no podemos mecernos en los árboles e ir de rama en rama...

Nos reímos.

Guardó silencio un momento. Después me miró.

—¿Ya vio cómo viene ataviada? —señaló de pronto mi vestido y medias negras.

No recordaba cuándo había sido la última vez que usé vestido.

—¡Ah!, nada especial —respondí sin darle mayor importancia—. ¿Confirmamos nuestra próxima cita?

Él se levantó a hacer anotaciones en su agenda, saqué mi cartera del bolso, le pagué y salí triunfal a la espera de la siguiente semana.

A lo largo de los meses, éste fue más o menos el tenor de aquellas consultas. Lo había decidido sin tomar conciencia del todo: nadie envilecería mi vida, ni siquiera yo misma. Sólo tenía un problema: dada la ley de los rendimientos decrecientes, sabía que el grado de interés del doctor Pi tendría que alcanzar un límite. No se puede gozar de la compañía del otro sin hacer ofrendas cada vez mayores. He aquí la verdadera desgracia de la condición humana: la bondad no conoce límites, en cambio, la exigencia de los otros llega invariablemente a un punto de tensión.

El momento llegó cuando empecé a notar que el doctor Pi se distraía. Habíamos caído en el inevitable círculo que hace a los conocidos fijar la mirada en nosotros cuando en realidad, sabemos, están viendo al va-

cío. Decidí adelantarme. Si esto debía terminar, sería yo quien dijera la última palabra.

—Hoy por fin pude darme mi lugar —dije.

El ceño del doctor Pi se frunció y los ojos se achicaron con interés, como sucedía al principio. Le hablé de un compañero de oficina, Roberto Buelno, un joven profesional, parlanchín y arrogante que sólo hablaba de novedades, en especial de artefactos electrónicos, aunque a veces su conversación podía extenderse a marcas de relojes y automóviles; un tipo de quien, sospechaba, se teñía el pelo. Es el clásico individuo que siempre se adelanta a servirse café y no obstante, en las reuniones de trabajo cede ostensiblemente la palabra a las mujeres y a sus superiores, dije.

Un falso buelno —sonrió el doctor Pi ante su propia broma, mostrando los dientes. Como todos los sabios, solía hacer chistes elementales de los que sólo él se reía.

Y un falso joven, añadí, enarcando las cejas, en un gesto que debió de ser provocativo pues pensé en mí misma como la cínica Eva Harrington ante la indefensa Margo Channing de *Eva al desnudo*. Los párpados del doctor Pi se cerraron, avergonzados, como si la maldad fuera una cosa y otra, la insinuación grosera y obvia. Quise corregir el rumbo como para evitar ese malentendido, así que relaté: Todas las mañanas al llegar, el joven Buelno atravesaba el corredor dejando una estela de loción a su paso. Tenía una costumbre extraña: nunca iba directo a su despacho a dejar el portafolio en su sitio. Su táctica consistía en saludar a todos en voz alta y apresurarse hacia la cafetera para llegar antes que los demás. Tenía un sentido de la oportunidad perfecto, pues llegaba en el momento en que la cafetera apagaba el botón rojo, indicando que el café estaba listo, momento en que la señora Fari sacaba las galletas recién puestas en la charola. Tomaba cinco, en especial las que tenían relleno; crema pastelera, mermelada de fresa o chabacano, dejándonos a los demás con las pastas de azúcar o las simples rosquillas. El primer día, llegué unos minutos antes, empleando con éxito su mismo estilo, pero supe enseguida que tenía que mejorar. Hablé con la señora Fari, una mujer de naturaleza tan bondadosa como para no entender la injusticia que cometía al hacer coincidir el acomodo de las galletas con la llegada del joven Buelno.

Otra vez confunde la bondad, me interrumpió Pi con su acostumbrada parsimonia. Yo asentí, en un gesto de aceptación. Le pagué directamente, dije, la soborné para que retrasara la entrega de las galletas. No tenía que decirle a Pi que era la primera vez que acudía al soborno, por su mirada supe que si comentaba esto habría un fondo de malentendido. Para el cuarto día, todos en el piso de la oficina se habían dado cuenta del meollo de la cuestión y a su modo cada uno comenzó a cobrar venganza, inspirados en mi técnica. Unos, se valían de

la amistad con la señora Fari, otros caían en la confianza. Al final, todos terminaron por comerse las galletas en la cocina. La jerarquía del joven Buelno como es obvio no le permitía hacer lo mismo. Luego hicimos algo parecido con el café. Poco a poco, el sabotaje se extendió, sin que él pudiera confrontarnos, hasta dejarlo como a Robinson en su isla.

La boca del doctor Pi se abrió en una sonrisa inesperada para él mismo en que se adelantaron, bien alineados y dispuestos, los brillantes dientes. Por fin comprobaba que sus teorías eran ciertas. Para mí, en cambio, era la sonrisa blanda del bebé que ignora sus impulsos.

—Y ésa es la novedad de esta semana —concluí.

Sucedió lo que había previsto. El doctor Pi me miró con sus ojos comprensivos y dijo en su tono sabio de otros días: por hoy es suficiente.

Pero yo no había terminado aún. Por cierto, comenté como al desgaire, no podré venir más. Los ojos del doctor Pi, siempre entrecerrados en un sueño acariciador, se abrieron. ¿Por qué?, preguntó con asombro. Es a causa del horario. Como reacción lógica al asunto del café, Buelno nos obligó a salir a las siete en lugar de las seis, como acostumbrábamos. Se valió de un argumento hipócrita, como todo en él: dijo que entre las salidas al baño y las idas a la cocina nadie cumplía con sus ocho horas.

El doctor Pi se frotó la barbilla, como pidiéndole consejo. Miró su agenda. Los jueves tengo otra paciente después de usted, dijo. Los otros días es usted quien está ocupada, según me ha dicho. Y los fines de semana están fuera de consideración. Levanté las cejas con el despliegue de aplomo de Regina Hubbard en *La loba*, que lamenté otra vez, y mostrando las palmas, encogí los hombros, en señal de fingida impotencia. Habría querido volver atrás y que todo hubiera sido distinto, pero no había remedio. El vínculo que había entre ambos para entonces se había vuelto inevitable, mientras que la distancia que había entre la yo de antes y la nueva era ya un espacio ofendido. Me puse a arreglar con sencillez el dobladillo del vestido negro que usaba para la sesión y a esperar que dijera lo que dijo:

—Tendré que mover el horario de la paciente de las siete —suspiró—. Es posible que no vuelva. Es una paciente de muchos años.

Crucé la pierna, tal como hace Mildred Rogers en *Cautivos del deseo* y ladeando el rostro, dije: Eso prueba que no sacó mucho provecho de usted. Me daba cuenta de que lo que ocurría durante los cincuenta minutos de la sesión era algo que ya no podríamos negar ni romper. En cambio, no sentía nada por ese hombre ni un minuto antes ni uno después de la consulta. Y percibía que de seguir dando esos resultados él sentiría lo mismo. En efecto, descubrió la punta del lapicero para borrar algo e hizo ajustes en su agenda. Tendré que hablar con ella, dijo.

Habíamos alcanzado el punto de equilibrio. **U**